

*Colette Soler*

# ESTUDIOS SOBRE LAS PSICOSIS

FOTOCOPIADORA  
SI CEHCE  
...CLINICA... ADULTOS  
Folio 47      SIF 1  
                    D/F 2



MANANTIAL

## ¿QUE LUGAR PARA EL ANALISTA?

Voy a presentarles simplemente un ejemplo. Se trata de la estabilización de una psicosis bajo transferencia. Trataré de aprehender la estructura y los componentes de esa estabilización y discernir lo que la condiciona en la acción analítica. Es una psicosis revelada desde hace doce años, con un automatismo mental marcado.

Varios episodios delirantes agudos exigieron las respectivas hospitalizaciones y les siguió una intervención medicamentosa continua, aunque actualmente episódica. Esta mujer, que en sus delirios se acoplaba de pronto con la luna en experiencias orgásticas totales, que en otra ocasión cargó el cielo sobre sus espaldas, etcétera, se encuentra hoy, desde el punto de vista pragmático, en una relación con la realidad bastante restablecida: puede dirigir sus actos, vivir sola de una manera relativamente adaptada, y retomar sus estudios, donde su desempeño es brillante. Paralelamente, se embarcó en una tentativa de obra artística sobre la cual, lo que es más, escribe. Se comprenderá que no es una persona cualquiera. A su inteligencia y cultura añade una posición subjetiva de notable elaboración en todos los aspectos, y sumamente favorable al tratamiento.

La demanda de análisis se produjo al estallar el primer episodio delirante y sobre el filo de este episodio. La paciente se dirige a un analista más allá del cual está, para ella, el nombre del analista con A mayúscula, el propio Lacan... La demanda misma está connotada por la nota delirante y por una relación eufórica con respecto a ese otro único que permanecerá largo tiempo en el horizonte del análisis. Pero se desprende poco a poco otra demanda que, por su parte,

es un pedido de socorro, éste patético. ¿De qué quiere ella que la curen? No de su delirio, que la sustenta y libera de lo que ella considera como su estado nativo, primero, el que vuelve a caerle encima apenas el chaleco medicamentoso frena el empuje del delirio.

¿Qué estado es ese del que se quiere curar? Lo dice con claridad. Es la vivencia de una falla íntima, más o menos acompañada por un acento de desgarradura, evocada como una especie de muerte subjetiva: "Yo no existo; floto o duermo, soy una pura ausencia, no tengo roles, no tengo funciones, ¿qué soy?" No se trata de la indeterminación subjetiva del neurótico; es, dice ella, "que no me han dado a luz". Reconozco aquí lo que otro psicótico, Jean-Jacques Rousseau, llamaba "vacío inexplicable", pero también lo que evocaba Schreber como "asesinato del alma": ese "desorden provocado en la articulación más íntima del sentimiento de la vida" instalado, según Lacan, en el sujeto psicótico por la falla del significante ("De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis"). Es una falta, pues hay falta en la psicosis. No la de la castración pero aun así una falta, aquella que Lacan escribe de una manera precisa  $\Phi_0$ . Hablar aquí de falta puede causar extrañeza, ya que la falla significante se traduce en un exceso de goce en lo Real, o sea lo contrario de una falta, y este exceso, este exceso mismo, que llama a la simbolización, a veces se impone en los fenómenos como inercia y falta de subjetivación. La inercia es una de las figuras primarias del goce, figura que la clínica actual suele confundir con la así llamada depresión psicótica.

¿Cómo remedió ella ese estado hasta el delirio? Lo remedió mediante una suerte de relación de objeto real, persecutoria, mediante un acoplamiento con un Otro único y sustentatorio al que define como el Otro que "sabe lo que le hace falta" y se lo impone. De este Otro, ella ha sido la "masa", la "marioneta", y pasó así de mano en mano a través de una serie de vínculos pigmalionescos. Todas las figuras que ocuparon este lugar son figuras del saber, universitarios o médicos. Ella vivió estas relaciones como una violencia abusiva, originariamente mortífera, pues esto empezó al comienzo de su vida. Lejos de sentirse en esas relaciones como lo haría una neurótica, o sea como la musa inspiradora del sujeto supuesto saber, se vive como el objeto de tormento de este saber gozoso del Otro. Se lo podría escribir  $S_2 \rightarrow a$ . De estas figuras del saber, convocadas, al igual que lo hiciera Schreber, como paliativo de la forclusión, ella dice: "Ellos hablan de mí y por mí, yo apenas si soy un ser hablante pues sólo el otro habla". Efectivamente, uno de sus grandes síntomas es quedar muda y petrificada ante un Otro del que ella está —dice— pendiente en todo momento, y del que lo espera todo. De la

primera figura de esta serie dice: "Ella era la única en la inmensidad del universo."

En ruptura con este equilibrio dado por el acoplamiento, aparece el primer episodio. Es sorprendente constatar que en este momento se separa de su último partenaire único, uno, que encarnaba para ella lo que llamaré el ojo del saber; en ese momento las voces alucinatorias vienen a sustituir a la voz que se encarnó hasta entonces en un otro de su entorno y, en lo real, le dicen lo que ella es y lo que debe hacer. Llega entonces al análisis. Durante toda una fase inicial de éste su vida va a oscilar en una palpitación, en una pulsación que no es la del inconsciente sino la del delirio. En sus fases alternadas, éste sucede al vacío de una inercia con connotación depresiva. Las significaciones en su despegue le hacen entonces promesa y la arrancan de la muerte subjetiva, en la vertiente a la vez erotomaniaca y redentora.

¿A qué lugar es llamado el analista tras el estallido de la primera elación delirante? Está muy claro. El analista es llamado al lugar donde Schreber encuentra a Fleschig. Es llamado a suplir con sus predicaciones el vacío súbitamente percibido de la forclusión. La paciente demanda que el analista haga de oráculo y legisle para ella. Dice: "Le voy a hacer preguntas y tomaré la respuesta por verdadera." Cómo decir mejor que en el analista y en esas voces ella no sólo cree, sino que les cree... Mejor aún, que quiere creerles, diferencia capital con la neurosis, dice Lacan. Así pues, el analista es llamado a constituirse como suplente y hasta como competidor de las voces que hablan de ella y que la dirigen. Dicho de otra manera, ella le ofrece al analista el sitio del perseguidor, el sitio de aquel que sabe y que al mismo tiempo goza. Si el analista se instala en él sobrevendrá entonces, con toda seguridad, la erotomanía mortífera; o sea, en esta paciente, el retorno a la casilla "salida", porque ella partió de ahí en su vida. La erotomanía mortífera no es inevitable en el tratamiento de los psicóticos.

Intentaré precisar qué maniobra de la transferencia permitió evitar su emergencia. Evidentemente yo no operé con la interpretación, que no tiene cabida alguna cuando se está ante un goce no reprimido. Sólo se interpreta el goce reprimido. Aquel que no lo está sólo puede elaborarse. Un primer modo de intervención fue un silencio de abstención y esto cada vez que el analista es solicitado como el Otro primordial del oráculo; para decirlo mejor, cada vez que es invocado como saber en lo real. Este silencio, esta negativa a predicar sobre su ser, tiene la ventaja de dejar el campo a la construcción del delirio, al que ya me referiré. Esto coloca al analista como un otro Otro, que no hay que confundir con el Otro del Otro,

2

31

214

otro que no es el que ella llama la "fiera", el perseguidor. Sin duda, no es otra cosa que un testigo. Esto es poco y es mucho, porque un testigo es un sujeto al que se supone no saber, no gozar, y presentar por lo tanto un vacío en el que el sujeto podrá colocar su testimonio. Un segundo tipo de intervención corresponde a lo que llamaré: orientación del goce. Una, limitativa, que intenta hacer de prótesis a la prohibición faltante, consistió en decir no, en poner un obstáculo cuando la sujeto parecía cautivada por la tentación de dejarse estrangular por el hombre que manifestamos lo pretendía. La otra, positiva: yo sostuve su proyecto artístico incitándola a considerar que ése era su camino. No vacilemos en reconocer en este caso el empleo de la sugestión. La tercera intervención es la que tuvo un alcance decisivo. Provocó un viraje en la relación transferencial tanto como en la elaboración de la cura. El viraje consistió en que, en la cura, nunca más volvió a solicitar al analista como Otro, y en que comenzó a construir su delirio, esto es, también a depurarlo y reducirlo. Paralelamente a la desaparición —al menos en los últimos cinco años— de los episodios agudos, también la palpitación que describí en su vida, entre el vacío y el despegue del delirio, quedó como nivelada. Yo entiendo que a partir de ese momento se entra en la reconstrucción del sujeto, al borde del agujero en lo simbólico. No me decidí a esta intervención problemática, delicada, sino tras imponérmelo como deber, y tuvo lugar en varios tiempos.

Les doy primero el tema y luego el fundamento. En el primer tiempo sostuve su negativa a trabajar y su demanda correlativa de obtener una pensión. No entré en el concierto de las personas que querían hacerla trabajar. Más: apoyé categóricamente con mi aprobación la idea de que era un *abuso* —subrayo el término— exigirle que se ganara la vida. Este punto puede parecer más que espinoso, porque tenemos la idea —fundada— de que el análisis debe apuntar a negativizar el exceso de goce en la psicosis, y de que el pago es una cesión de goce.

Hago constar que esta persona siempre encontró *justo* pagar su análisis, pero "ganarse la vida" era otra cosa para ella, a saber: una significación tomada en su relación delirante con el Otro perseguidor, que la equiparaba con un asesinato. Los datos biográficos apoyaban esta apreciación. Se hallaba presente un discurso sobre la deuda, pues se habían conjugado una quiebra —extraña— del lado paterno y, del lado materno, la idea culpable, a vengar, de haber recibido en demasía, cosa que ella encarna en su ser. Ella, que fue dada en crianza —si puedo expresarme así— a la tía perjudicada, dice: "Soy una deuda viviente". Nada que ver con la deuda del falo en falta de la neurosis. Al no haber sacrificio simbólico, sólo la vida

real podría saldar la cuenta. Precisamente de ella sería apropiado decir, según la expresión de Lacan, que el legado viró a la liga. No olvido que en otra circunstancia —y debo decir que para mi sorpresa— frené una crisis de pánico suicida que no parecía dejar otra alternativa que una hospitalización inmediata, con esta simple sentencia relativa a los propósitos de un perseguidor del momento: "El no tiene derecho". Efecto de calma que llena de estupefacción. Las nociones de abuso y de derecho son de ella. Yo se las tomo, pues son portadoras de la significación de un límite respecto de las pretensiones del Otro sobre su vida, límite cuyo lugar es el mismo que lo que en Schreber se llama "Orden del universo".

La maniobra analítica que intentó y que sostuvo la operatividad de esta cura consistió, por un lado, en abstenerme de la respuesta cuando en la relación dual se llama al analista a suplir para el sujeto, por medio de su decir, el vacío de la forclusión y a llenar este vacío con sus imperativos. Sólo a este precio se evita la erotomanía. En segundo lugar, intervine profiriendo una función de límite al goce del Otro, lo que no es posible sino a partir de un lugar ya inscripto en la estructura. Aquí el voluntarismo sería inútil. Esta intervención no está en verdad fundada. Es un decir en el que el analista se hace guardián de los límites del goce, sin los cuales, como lo dice ella en todos los tonos, lo que hay es el horror absoluto. El analista no puede hacerlo sino sosteniendo la única función que queda: hacer de límite al goce, esto es, la de significante ideal, único elemento simbólico que, a falta de la ley paterna, puede constituir una barrera al goce. El analista, cuando se sirve de éste significante como lo hice yo, se lo toma al psicótico mismo; el analista no hace otra cosa que apuntalar la posición del propio sujeto, que no tiene más solución que tomar él mismo a su cargo la regulación del goce. La paciente misma formula: "Estoy obligada a hacerme mi propia ley." Es lo que hace Schreber cuando toma a su cargo el Orden del universo, lo que hace Rousseau, el Reformador, cuando quiere poner orden en la sociedad desordenada. Esta alternancia de las intervenciones del analista entre un silencio testigo y un apuntalamiento del límite es otra cosa que la vacilación calculada de la neutralidad benévola. Es lo que yo llamaré la vacilación de la implicación forzosa del analista. Implicación forzosa —si no quiere ser el otro perseguidor— entre la posición de testigo que oye y no puede más, y el significante ideal que viene a suplir lo que Lacan escribe  $P_0$  en su esquema I. Es indudable que a partir de aquí esta paciente subsume al analista, al que ella distingue cuidadosamente de mi persona, bajo este significante, y llegado el caso lo dirá así en forma explícita.

Ahora quisiera terminar diciendo algunas cosas muy rápidas, pues no tengo tiempo para desplegar el caso. Doce años de análisis son muchos y sólo quisiera darles una idea de aquello en que culminó este análisis después de esa intervención: una estabilización, precaria ciertamente, pero sin embargo patente. La pregunta en una estabilización es la siguiente: ¿en qué se convierte el goce demasiado real que se encontraba a la entrada de la cura? Yo sitúo esa estabilización entre tres términos. Primero, la ficción del delirio; segundo, la fijación del goce, y tercero, la fijación, con *x*, del ser.

El delirio que la paciente acota al final tiene dos vertientes. Una construye el mito del desorden o de la falla original, que después de elaboraciones múltiples ella llama "los dos pilares de su existencia" o, si usted lo prefiere —dice—, "los dos abismos de mi existencia". Por un lado, la idea de que su madre, de la que quedó huérfana en su más tierna edad, fue asesinada por el primer perseguidor; por el otro, la idea de que, en lo que concierne a su padre, hay una culpa enorme y original que la transformó a ella misma en una deuda viviente. Esta elaboración delirante merecería por sí sola una vasta exposición. Observamos aquí los datos de la biografía infantil, coordinados con los apellidos de diferentes linajes que se intrincan en esas dos convicciones finales de los dos abismos.

¿Cuál es el efecto de esta construcción del delirio? Un efecto de tranquilización manifiesta. Correlativamente, la paciente se sostiene en un acoplamiento paralelo al que tuviera con la fiera de origen. Es acoplamiento doble, con el analista y con un hombre, que es preciso escribir con *H* mayúscula. Lo formula de muchas maneras: él es "el Ángel", el puro opuesto al imperio de lo peor. Dice que ella misma no participa en este significativo sino por procuración, puesto que es una mujer; sólo un hombre y el analista pueden participar en él. El acoplamiento con este hombre tiene un efecto de fijación del goce en una cena\*; es una escena donde se come, y su lazo con este hombre, de múltiples características, tiene un pivote inamovible desde hace años: el de que se come de manera ritualizada un día fijo. Por lo demás, no hay ninguna duda sobre la dominancia de la pulsión oral. El *a* real es un "a" para comer; todas sus imágenes de goce lo confirman y ella misma es el pasto último del otro. Se le añade un cultivo de la imagen de la criatura que ella se afana

\* En el original, *cène*: comida tomada por Jesús con los apóstoles la víspera de la Pasión, ceremonia del Jueves Santo. La autora añade que se trata de *cène* con *c*, para marcar la diferencia y el juego con *scène*, "escena", que es homófono. [N. de T.]

en sustentar en el campo escópico. Lo cual se advierte además sobre su persona; ella encuentra sus soportes en una serie de figuras del estrellato y de celebridad. Paso por alto esta faceta imaginaria.

Resta, por último, lo que yo llamo fijación de goce. Se trata de su obra plástica, que implica una eyección del Otro, *A* mayúscula, tanto como del otro *a* minúscula. En su dominio plástico, la paciente se afana en liberarse de toda la inercia formal que pudiera transmitirse. ¿Qué busca? Es notable cómo lo dice; esto concierne a su ser: "Yo busqué la metáfora plástica pura, el autorretrato pulsional" e inclusive el "retrato sin la mirada", procurando decir con todas sus expresiones que busca es una letra plástica que fije una parte de su goce. Yo situaría esto en el esquema I de Lacan alrededor del agujero de lo simbólico, como las criaturas que son para Schreber las criaturas de la palabra. Para ella, son las criaturas plásticas. Todos estos elementos podrían ser trasladados al esquema I.

Unas palabras como conclusión. Esta estabilización psicótica es frágil, pues está demasiado ligada a la función de la presencia y ello a pesar de la sublimación artística: presencia de ese hombre, y presencia del analista. Lo que equivale a decir que esta estabilización no promete ningún fin de análisis.

